

Pt 8

MISTERIOS DE LA LOCURA



ERIZ
1290

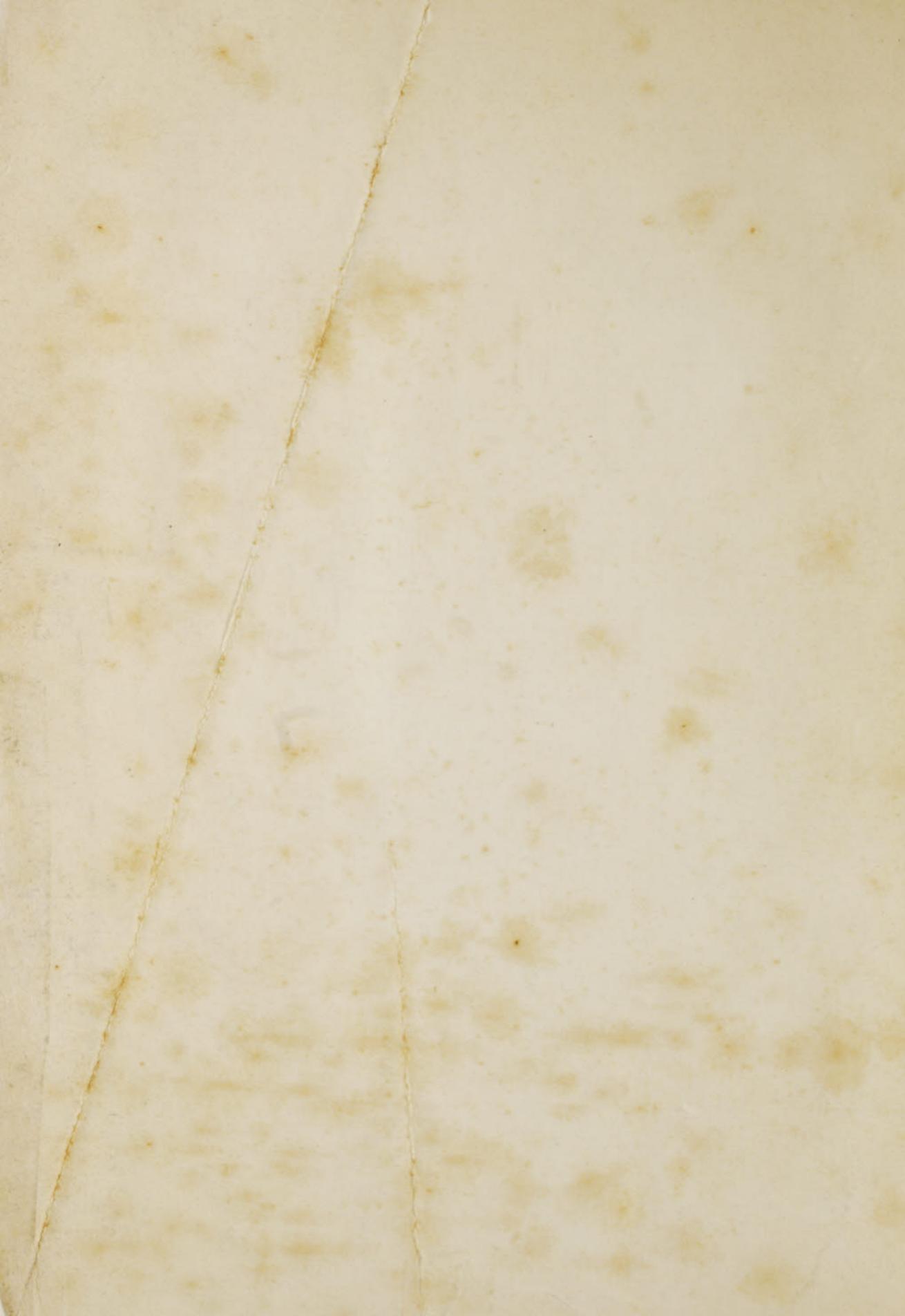
NOVELA CIENTÍFICA
POR EL DOCTOR

J. GINÉ Y PARTAGÁS

ILUSTRACIÓN DE P. ERIZ

P. Eriz

Precio: 5 pesetas.



MISTERIOS DE LA LOCURA



HENRICH Y C^{IA} EN COMANDITA — EDITORES

SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y C^{IA}

MISTERIOS DE LA LOCURA

NOVELA CIENTÍFICA

POR EL

DR. JUAN GINÉ Y PARTAGÁS

Catedrático de la Facultad de Medicina de Barcelona,
Médico-director
del Manicomio NUEVA-BELÉN

ILUSTRACIÓN DE PEDRO ERIZ



BARCELONA — 1890

IMPRENTA DE HENRICH Y COMP^{IA} EN COMANDITA

SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y COMP^{IA}

Pasaje de Escudillers, núm. 4.



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



R.174.964

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

MOTIVO, OBJETO Y FIN DE ESTE LIBRO

Así como el cósmico, contiene el mundo moral agentes muy perniciosos.

El *error* es una potencia infectante: un virus, que no tan sólo intoxica al individuo, sino que impide el desarrollo de las colectividades.

El error es mucho peor que la *ignorancia*. Esta es pasiva: la negación de un gran bien. La instrucción la combate.

El error es maligno y además contagioso y frecuentemente hereditario. Lejos de ceder á la luz, opone tenaz resistencia.

Siendo sombra la ignorancia, el error es una pantalla, que, en vez de refringir, repele los rayos de la ciencia.

Hay errores crónicos y á la vez pandémicos. Pertenecen á esta clase el concepto vulgar de la locura.

Por la equivocada idea que el vulgo tiene de la

locura, el *loco* ha padecido mucho,... y aún le toca padecer otro tanto.

Es una injusticia no esforzarse en disipar esas tinieblas, cuando en los libros de la ciencia hay caudales de luz.

El final objeto de este trabajo es sustraer á los rigores de la didáctica y á los desabrimientos del tecnicismo la noción verdadera de la enfermedad mental, para popularizarla, revestida de formas tan atractivas y amenas como lo consiente la gravedad é importancia del asunto.

Así y todo, para sacar provecho de esta obrita, se requieren de parte del que la honrará con su atención, los siguientes requisitos:

1.º Espíritu de investigación de la realidad en lo ideal, así como de lo ideal en la realidad;

2.º Despreocupación del ánimo que preserve de *púdicos convencionalismos*, propios tan sólo de adolescentes y de la gran neuropatía del sexo femenino. Tal impresionabilidad, en cualquier otro caso, es *pura mogigatería*, que no se armoniza con un mediano desarrollo del encéfalo, ni haría el elogio de un regular cultivo de la inteligencia; y

3.º Cierta ilustración en materias biológicas y antropológicas, que podrá ahorrar al lector la pena de acudir con frecuencia á las *Notas Explicativas*.

¡Conoced al loco, compadecedle, cuidadle y tratemos de curarle!

J. G. y P.

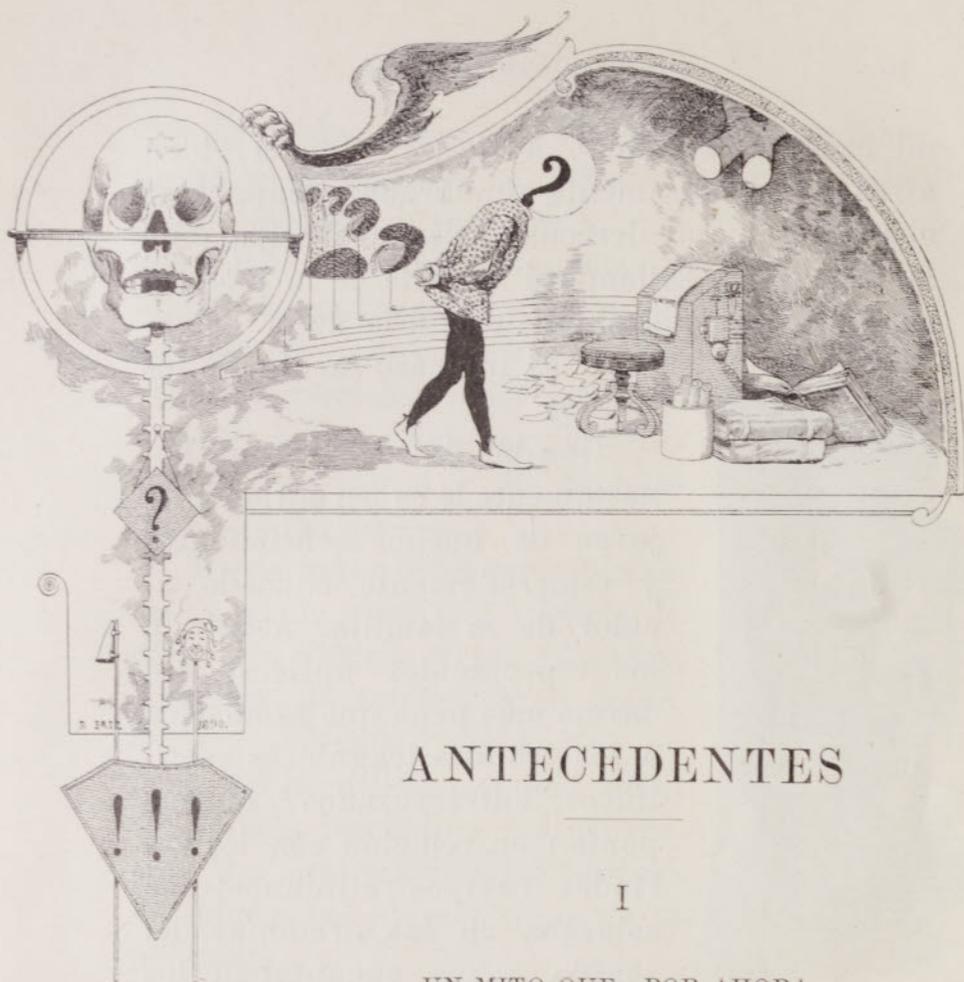
MEMORIAS DE ULTRAFRENIA ¹

ANTECEDENTES

Lo bello es tan útil como lo útil;
lo útil es tan bello como lo bello.

V. HUGO.





ANTECEDENTES

I

UN MITO QUE, POR AHORA,
LE VENDRÁ AL LECTOR UN TANTO HOLGADO

Como á buen pagador, diz, no le duelen prendas, daré á conocer las mías.

Vine de allá muy acontecido y quebrantado. Moraba en el centro de la gran ciudad y vivía holgado con mis bien ordenados negocios. Era

mi casa, aun cuando antigua, cómoda, bien aireada y profusamente alumbrada. Ocupaba el chaflán á mano derecha de la encrucijada de la *Conciencia*, saliendo á la calle de la *Libertad moral* y con vistas amplísimas á la de la *Voluntad* y al inmenso jardín de los *Deseos*.



Gozaba de todo lo que honestamente le es permitido á un joven de buenos sentimientos y esmeradamente educado al calor de la familia. Asistía á los espectáculos ópticos, sin darme más pena que asomarme á dos grandes tragaluces rectilíneos, entrecruzados ², que me ponían en relación con los variados campos retinianos; me solazaba en las armonías del sonido y me encantaban los prodigios del lenguaje, porque, á beneficio de bien entendidas

comunicaciones telefónicas, hallábame incesantemente enlazado con los laberínticos ³ senderos y plazoletas de la *Acústica*, así como con el *eje* y las enroscadas *escalas* del *caracol*, en donde apenas para de funcionar el admirable cuanto primoroso *Órgano de Corty*.

El hermoso *sol de Rydley* ⁴, derramándose

por los dilatados ámbitos é intrincadas regiones de la urbe encefálica, vibraba hacia mi casa sus rayos más esplendentes y, con ellos, los portentos de las ideas y juicios, los engranajes y filigranas de los raciocinios, las kaleidoscópicas combinaciones de la imaginación, los estimulantes incentivos de los deseos y los blandos vaivenes del querer.

Y por todos lados entraban en mi morada y en mi esencia la dicha, la alegría y los placeres. La pena, la tristeza y el dolor, en sus múltiples variantes, no llegaban á mí sino como débil penumbra, tenuísimo claroscuro, para dar más realce á las festivas líneas y á los alegres tonos de los colores de la felicidad.

Deus nobis hæc otia fecit, como decía Títiro á Melibeo.

.....

Perdona, oh lector, si hasta aquí no se te ha presentado de manera definida el sujeto que rige las oraciones que preceden. Imagina, para pensar piadosamente, que se trata de un personaje tan discreto, que, hasta el presente, no ha estimado oportuno exhibirse con su propia rea-



lidad... Ah, sí; cuanto más lo reflexiono, tanto más me convenzo de que su conocimiento sería en este instante extemporáneo, prematuro... Hasta, fundadamente, presumo que esta noción intempestiva, habría de redundar en perjuicio del interés filosófico—curiosidad—que es indispensable para que tu atención, de suyo delicada y avezada á cosas útiles, quiera sostenerse hasta el final de estos *Antecedentes*.

¿Hay, empero, urgencia de descifrar el enigma?... Satisfágase la necesidad del momento como lo ha hecho el dibujante ilustrador de esta novela, el incomparable Eriz: represéntese el postulado por un signo de interrogación.



II

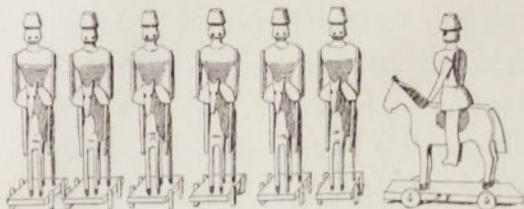
DE NIÑO Á HOMBRE



UÉ encantadora es la adolescencia! Fiestas de familia, los regalos de mi padre, el cariño de mi madre, las finezas de mis tías;... todo se dedicaba á mí... Unico vástago, y vástago masculino, de una familia numerosa y acomodada... ¿á quién se había de querer?

Mis tiempos infantiles, ¡qué embeleso! Ferias de santos, Navidad, Año Nuevo, Reyes Magos, *Corpus Christi* y Pentecostés;... mi salón de jugar, contiguo al jardín, mi pequeña leonera de niño, trocábase en tales solemnidades en bazar de juguetería y estante de dulcería. Mi cuadra tenía tal surtido de caballos de

cartón y aun de madera, con crines y colas al natural, que no lo hubiera más numeroso y



variado en las caballerizas de un príncipe de carne y huesos. Y ocurría, que los caballos más añejos eran más disminu-

tos que los más recientes: á proporción que crecía mi estatura, eran de mayores proporciones y de mayor riqueza los regalos nuevos. No hablo de los ejércitos de madera, plomo, estaño y cobre; ni de la artillería de bronce, que disparaba con pólvora sola, produciendo estampidos que alarmaban al vecindario; ni de los castillos, fuertes y



ciudadelas, en montañas y en llanuras; ni de los santos, custodias, sagra- rios, floreros, capillas y casullas — estas últimas de papeles de diferentes colores, según las prescripciones del Ritual, con vivos de oro ó plata y ramajes aplicados; — ni tampoco de las colecciones zoológicas, mansas unas y feroces otras; ni, en fin, de los cromos, zootropos



y cajas de patos, gansos y peces imantados, con su correspondiente vasija, para ensayarse en la natación,... porque aquello era el cuerno de Amaltea: una bendición de Dios.

Yo era el santo, mis parientes me colmaban



de *ex-votos*, á trueque de recibir de mis labios una sonrisa ó un par de besos, los que, decían, sabía administrar con incomparable gracia.

Hasta que hube cumplido ocho años, no concurrí á la escuela. Mi buen padre me había enseñado á deletrear y á trazar los rasgos

elementales de la escritura. El maestro, cariñosísimo, no tenía más que lisonjas para mi comportamiento y se hacía lenguas de mis progresos, primero en la lectura y caligrafía, después en gramática y aritmética, y luego alabó mi retentiva para los nombres y fechas de la Historia. Ocupaba siempre los puestos más distinguidos de las aulas, y en exámenes obtuve constantemente las notas más elevadas y diploma de honor.

Con tan plausibles auspicios, pisé los umbrales de la Universidad. No me impacientaban las largas explicaciones de los catedráticos. Iba siempre con la lección bien aprendida, porque era fácil mi memoria y no obtusa mi comprensión; continué siendo el estudiante mimado; á pesar de lo cual, tuve la fortuna de jamás malquistarme con ninguno de mis discípulos; con quienes, al salir de las clases, compartía, gustosísimo y rebotando alegría, las tareas de saltar, correr, tirar la pelota y aun embromar viejas en la calle.

.
Lo tengo bien presente:... era el día 28 de Octubre de 186... cuando recibí el grado de Bachiller. *Némine discrepante*, decía el diploma, que poco después me puso en la mano el secretario del Instituto. Aquel día, el 28 de Octubre, me tenté el cuerpo; sentí en mi pecho un hervor

inusitado; percibí los latidos de mi corazón; acerquéme al espejo y vi bozo en mi labio. «Ya soy hombre», dije en alta voz, con todo y hallarme solo en mi gabinete.

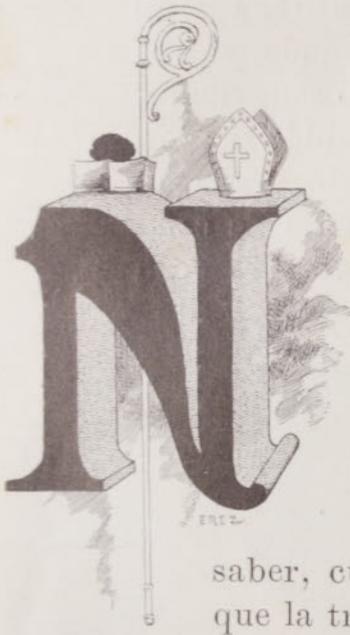
¡Tenía quince años! En realidad era un mozo, pero me sentía un hombre.



III

FUEGO EN LA MECHA.

ESCARCEOS EN LOS MARES DE CUPIDO



o tenía formada vocación ni para la carrera del Derecho, como deseaba mi padre, ni para la de Medicina, según anhelaba mi madre, — ansiosa de tener á su lado quien, con tanta solicitud como saber, cuidase de sus entrevesados nervios, que la traían maltrecha desde muchos años, con jaquecas, gastralgias, hipocondrías y convulsiones, — ni, en fin, para la Iglesia, como solicitaban mis seráficas tías, solteronas de toda vocación y muy dadas á la devota tarea de vestir imágenes. Hubo consejo de familia, y de resultas, quedó convenido que fuese á robustecer mi organismo y á buscar inspiraciones

espontáneas en la campiña. Era una muy prudentísima tregua que se otorgaban mis parientes,

para preservarse de una guerra intestina, que ya estuvo á pique de estallar y que, de llegar el caso, hubiera sido sañuda, ya que no sangrienta, habida razón de los arañazos.



Poseía mi padre una magnífica casa de campo — procedente de herencia colatoria — con

mucho viñedo, campos de pan llevar, huerta y floresta, á orillas del Gayá, en el término municipal de P. de A., próxima al histórico Monasterio de Santa Cruz; y

era también suyo — de mi padre — el colono de la hacienda, quien á su vez tenía dos hijas: Angela y Rosa, de veinte abriles aquella y de catorce ésta.



Descabalgando de la mula que me había traído á la alquería desde la estación del ferrocarril, hubo de tocar mi mano en el antebrazo desnudo, fresco y fino de Rosita. Era la primera vez que mi piel tocaba en piel de mujer, como no fuesen los pergaminos de mis amadas madre y tías. Aquella suavidad, aquel frescor tegumentarios, determinaron en mi naturaleza, de suyo nerviosa é impresionable, efectos hipotérmicos muy marcados y hasta entonces para mí desconocidos. Una llamarada ardiente, pero agradable, recorrió todas mis venas; sentí en mi pecho latidos insólitos; anubláronse mis ojos... No sé lo que pasaría en el cuerpo de Rosita: el caso fué que asomaron al punto otras dos de color de fuego en sus mejillas y vivísimos carmines en sus labios.

El tiempo lo era de vendimia. No había yo visto el activo trasiego de las viñas: quedéme admirado de tanta alegría en los hombres y de tanta expansión y abundancia en la Naturaleza. No sé cómo fué; pero dióse el caso de que mi compañera de faena — la de coger racimos — fué la bella Rosita. Los dos en una misma tira, los dos en una misma cepa, los dos siempre en un mismo racimo. Así hubieron de chocar — por supuesto, sin pensarlo ni quererlo, — nuestros dedos, después nuestras frentes, luego nuestras mejillas y, al fin, nuestros labios.



— ¡Esto es moscatel! — dije yo, encantado del aroma de aquella osculación.

— ¡Esto es garnacha! — dijo ella, por el dulzor que le encontró.

Había gente, y no ocurrió más novedad que cinco reiteraciones furtivas de catar yo el moscatel y la garnacha ella.

Riqueza alcohólica tendría el mosto de las uvas que comimos aquella tarde, cuando Rosita y yo resultamos embriagados, ella de mí y yo de ella, y alguna tontería ostensible debió escurrírsenos á ambos, al regresar, en alegre comitiva de vendimiadores de ambos sexos, al son de la dulzaina y entre chillidos y cantos,

á las siete de la noche, cuando la mayor, Angelita, tuvo que decirle á su hermana:

— Ven acá tú, poca pena.

Rosita encogióse de hombros, fué al lado de su hermanita y, con imperceptible mímica, me dijo:

— Chitón, y hasta luego.

Al llegar á la alquería, ya estaba puesta la



mesa, en la que humeaba una gran cazuela de gazofia, compuesta de coles, patatas, calabaza y cebollas; brillaban en ambos lados del gran recipiente culinario, una docena de plateadas sardinas saladas, de cabeza de oro y cola de azabache, en muestra de envidiable longevidad en la despensa y de su larga ausencia del casco de su primitivo envase.

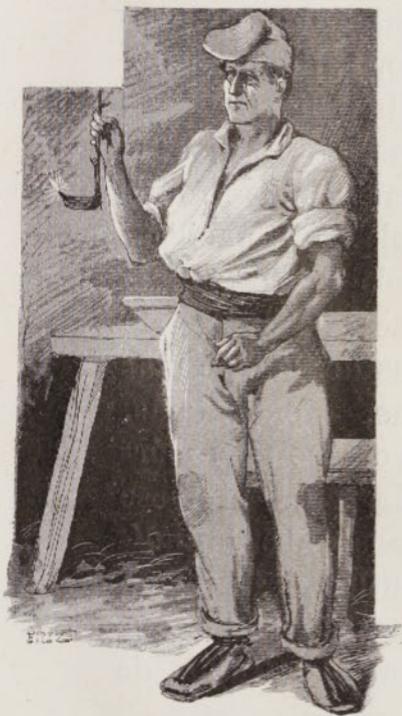
Muy á pesar mío, no pude sentarme al lado de Rosita: Angelita había conseguido su propósito de colateralizar conmigo, valiéndose del pretexto de mandar por vino á la menor.

He de confesar que tardé poco en sentirme consolado, no sé si del alejamiento de Rosita ó de la contigüidad de Angela. Mi naciente sentido erótico hizome ver desde luego que, si aquélla era robusto capullo de la selva, ésta era una flor espléndida, de las de las plantas monocotiledóneas, monosépalas, monopétalas, monoginias y monandrias, cuyo esbelto y mórvido estambre estaba coronado, cual si fuese oscilante colosal antera, por una cabeza lindísima, adornada de dorados bucles é ilustrada con unos ojillos de ultramar, más nítidos que semáforo en noche de invierno destituída de luna, rayos y estrellas.

Como se ve, hacía aplicaciones provechosas de los conocimientos de Botánica taxonómica, adquiridos en el Instituto.

Angelita, á mi lado, hacía dos cosas: me miraba — ¿qué digo me miraba?... me asaeteaba con sus miradas — y á modo de riquísima pantalla, me preservaba de los fuegos ópticos de su linda hermanita, emplazada á su izquierda. Un observador sagaz habría notado un balanceo sincrónico del cuerpo de las dos hermanas, y heterocrónico respecto del mío. Angelita aún

hacía más... ¿Qué hacía?... No lo diré, porque lo que ella y yo hacíamos, no lo hacíamos con las manos... Cualquiera podrá presumir qué clase de devoción movía nuestros pies.



El colono, el buen Pedro, preguntó por mi padre, por mi madre, por mi tía Adelina y por mi tía Eufrasia. Tan ocupado me hallaba en mi mímica patente y latente, que para cada pregunta sólo acertaba á encontrar la misma respuesta:

— Mi papá sigue tan bueno; gracias; me ha dado expresiones para usted.

— Mi mamá sigue tan buena; gracias; me ha dado memorias para usted.

— Tía Adelina está muy buena; mil saludos para usted.

— Tía Eufrosia está muy sana; mil recados para usted.

Así terminó la cena; diéronse gracias al Señor; hubo desfile general y yo me quedé más harto de amor que de comida... ¿Harto de amor?... dije mal: con más ganas de un más allá desconocido, que los demonios lo entendieran... Eso es la cuerda del pozo, que se desliza en las manos y las calienta, hasta dar con el repleto cubo, cuya frialdad templó el ardor del rozamiento.

Cada vendimiador fué á su candil; para las parejas, uno solo; el colono y su mujer subieron juntos al desván, y á mí me adjudicaron el dormitorio principal, central del principal. Los colaterales eran: el de la derecha, de Rosita, y de Ángela, el de la izquierda.

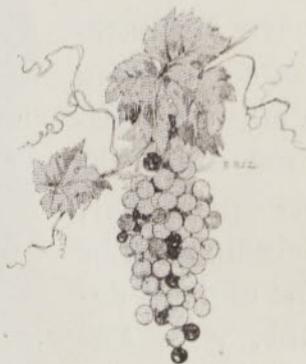
Iba por candil á la cocina;... en el corredor me asaltaron dos bujías: una que me ofrecía Rosita y otra que me la presentaba Ángela. Por no desairar á ninguna, tomé las dos. Abrumado por tales finezas, no sabía qué



decir: di, como supe, las gracias simultaneando. De seguir mi impulso, rabiosamente amoroso, me como á las dos y me las meto en el corazón.

— Buenas noches, — dije, entre fuego y granas.

— Buenas y muy santas, — repusieron al unísono las dos hermanas, con melodía tan grata, que aun se conserva en mis tímpanos.



IV

EL OBSERVATORIO GEOGRÁFICO DEL AMOR



El gabinete que me había sido designado, era una estancia espaciosa, cuadrangular y más larga que ancha. El mobiliario consistía en una cómoda, con servicio de escritorio, de nogal, con arabescos, bastante antigua, pero bien conservada; seis sillas de enea, pintadas de negro, con vivos amarillos y, en las paredes, otros tantos cuadros que representaban el martirio de Santa Filomena. En la alcoba, aparte de la pila para agua bendita, que emparejaba con un crucifijo de latón, había una cama de matrimonio, de las más holgadas, con jergón altísimo, por lo exce-

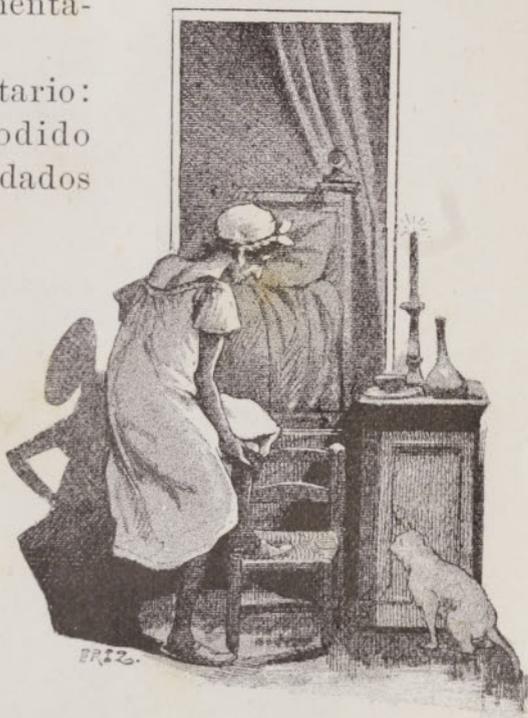
sivamente repleto, — indicio inequívoco de que no hacía mucho tiempo había pasado la época de la trilla, — y tres colchones de lana, medianamente nutridos. También eran de lana las almohadas, sazoadas con fundas, nuevecitas, de percal, color de yema de huevo, y de la misma estofa eran las cortinas, que colgaban, formando panza, de una caña, á lo largo del bastimento de la alcoba, y hasta el cubrecama, que además se presentaba exornado con flequillos de algodón blanco, dispuestos en ondas y borlitas.

Fijando mi atención en pormenores y detalles, experimenté una gran sorpresa: debajo de las almohadas había, no uno, sino dos de esas prendas vestimentarias del cráneo, que siendo prosaicas por su forma, prestan servicio de abrigo útil al par que de preservativo inestimable contra el desaliño del cabello, tan natural como casi inevitable, en quien duerme exento de cuidados y á pierna suelta. Uno se hallaba debajo de la almohada de la derecha: éste era blanco y de finísimo percal; el otro gorro, de finísima lana, era rojo, y se ocultaba debajo de la otra almohada.

No pude evitar un comentario con ribetes filosóficos: esta duplicidad de prendas *epitalámicas*, ¿era obra de una sola mano, guiada por una inteligencia sagaz y eminentemente previsora, puesto que, estando en Octubre, estación inter-

media, así podía convenir el percal como la lana, ó había que admirar la obra de dos manos—probablemente muy lindas—que habían colaborado en competencia de asiduidad y acierto, con diversidad de criterios térmicos é indumentarios?

Y otro comentario: ¿cómo habían podido entregarse á cuidados tan prolijos la una y la otra? ¿Cómo habían podido trabajar en competencia las dos hermanas, siendo así que yo no las había perdido de vista, ni ellas á mí, desde que llegué á la al-



quería hasta que regresamos de la viña?

¡Ecco il mistero!... el misterio del amor.

Faltaría á la verdad, ó no la diría entera, si no declarase que el espectáculo de los dos gorros de dormir, hizo redoblar los latidos de mi corazón y montó al punto más alto el ga-

tillo del revólver de mi amor propio de Tenorio *debutante*.

Iba á desnudarme; pero me acordé del mímico telegrama de Rosita, expedido en la viña: «Chitón y hasta luego». Yo había también mí-



micamente asentido. Reflexioné que no es de jóvenes bien nacidos faltar á una cita amorosa, y más siendo esta la primera. Permanecí vestido, apagué las velas y me puse en acecho.

La primera en entrar en el salón, diri-

giéndose á su gabinete, el de la izquierda, fué Ángela. Su primera intención, según supuse, fué enterarse de la realidad de mi sueño. Conocí el intento;... retiréme súbitamente de la puerta y me refugié en la alcoba. Empecé á roncar, y de tal modo y manera lo hice, que la joven hubo de creerme profundamente dormido.

Ni dos minutos tardé en volver á mi observatorio. Esta vez con doble objeto: presumí que el descanso nocturno de Angelita sería precedido del correspondiente *expulgamiento*; pues por sabido tenía que esta práctica es usanza rigurosa en el sexo bello. ¡También se expulgaban mis tías!

No resultó fallida mi presunción... Cayó el pañuelo de la espalda, se abrió el corsé, y, naturalmente, cayeron también sayas y enaguas... Iban á salir los casquetes de ambos polos, alumbrados por la aurora boreal de una bujía, cuando entró Rosita.

Fortuna de este cambio de escena, pues en vista de tantos portentos, yo me iba desmayando, y me hubiera desplomado con estruendo en el pavimentado suelo.

Tomó Ángela su candelero y encaminóse á su cuarto. En lugar de «Buenas noches», díjole á su hermanita:

— Chiquilla, tienes muy poca vergüenza.

Rosita no respondió. Dejó la vela en la mesa,

sentóse en la silla y, cubriéndose la cara con el pañuelo, echóse á llorar. Angela, entretanto, ya se había retirado á su dormitorio.

A mí me enternecían los sollozos de Rosita. Esperé á que se despejase la escena, y cuando pensé que la mayor se habría ya acostado, salí de mi atalaya y, de buenas á primeras, estampé un beso en las mejillas de Rosita.

Ella levantó la cabeza, alzó hacia mí sus hermosos ojos, y, ¡oh sorpresa! Rosita no lloraba: Rosita tenía en sus ardientes labios la más seductora sonrisa.

El péndulo que había en el salón dió las nueve.

— Son las nueve,
— dijo. — A las doce en el corral, junto á la puerta de la huerta. Tráete la manta de la cama.

— Al punto de la media noche estaré en el corral. Traeré la manta. Ya habrá salido la luna. Entendido... No faltaré... ¡A la cama!

Sonó leve chillido de goznes mohosos. Ambos miramos hacia la izquierda. Nada se movía.



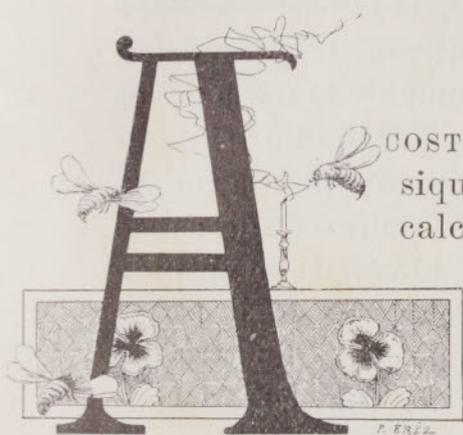
Auscultamos con atención en la puerta del cuarto de Angela y distintamente percibimos el acompasado soplo de persona durmiente.

— Era el viento, — dijimos ambos.

— Hasta pronto, — añadí yo, apretando fervorosamente la tomentosa mano de Rosita.



APLICACIÓN DE LAS ASIGNATURAS DEL
BACHILLERATO



COSTÉME é intenté buscar tan siquiera una hora de sueño, calculando que tiempo tendría para acudir puntualmente á la sesión, de *segunda convocatoria*, á que me había invitado Rosita.

Entonces dieron sobre mí las Matemáticas. Comencé á contar minutos y saqué la cuenta de que, desde el punto y hora en que empezaba mi cálculo aritmético, hasta las doce, faltaban 178 minutos, de los cuales restando 60, que pensaba emplear en sueño, quedaban 118, con los que había sobrante para hacer muchísimos pensamientos, trazar planes para la campaña amorosa que se aproximaba, abandonar el lecho, tomar la manta de la cama y

salvar los dos tramos de escalera, el comedor y la cuadra, que me separaban del corral.



En pos de la Aritmética, presentóse la Geometría, ó, por mejor decir, la Trigonometría rectilínea. De mi fantasía no podían apartarse — y yo tampoco quería que se alejasen demasiado — las turgentes formas de Angelita. Dada la base y conocida la altura, ¿cuáles serían el volumen y la masa de los relieves? Dado un triángulo, cuya hipotenusa fuesen los puntos de descanso y el vértice la cúspide de las apetecibles esculturas, ¿cuál sería

la altura, ó sea la longitud, de una perpendicular tirada desde el vértice de ambos equiláteros? ¿Qué longitud tendrían los catetos, curvilíneos? ¿Cuál sería el seno de las curvas de los mismos?

Y esto sabido, entró la Física, presentando á mi asendereada mente múltiples problemas, referentes unos á la densidad, otros al espesor, otros al peso específico, otros á las propiedades ópticas, otros á las térmicas y otros, en fin, á las eléctricas y sobre todo á las magnéticas, de los tales elementos de belleza plástica.

De vez en cuando pensaba: «¡Qué excelente cosa es la instrucción que se da en los Institutos de segunda enseñanza! ¡De cuántas y cuán provechosas aplicaciones son susceptibles, para la juventud ilustrada, los conocimientos que nos insinúan los sabios maestros!»

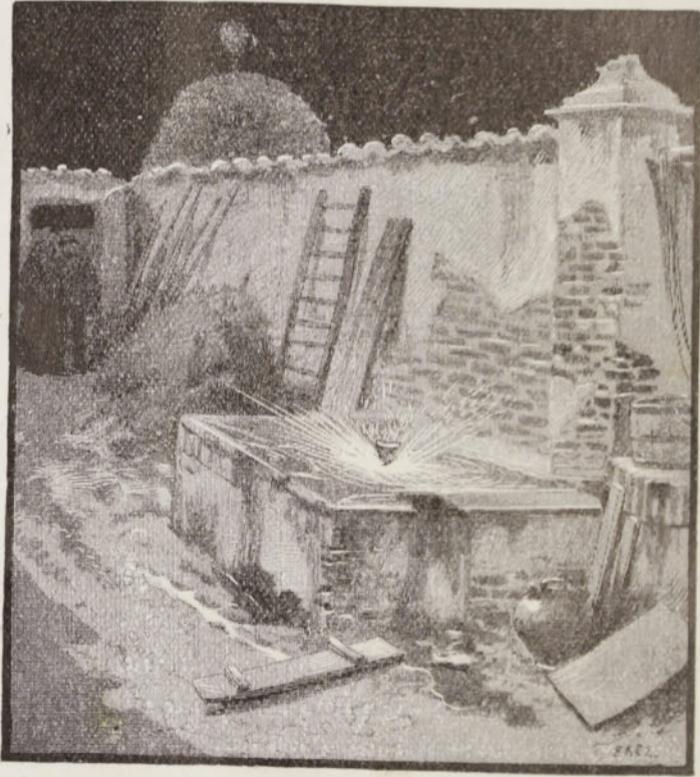
Luego entraban el Cálculo proporcional y la Geometría comparada. El primero tenía dos puntos de partida: uno era la edad y las condiciones esculturales de las dos niñas... La incógnita se adivinaba; pero no era fácil despejarla en el momento histórico en que me hallaba... ¡carecía de pizarra! El segundo punto de partida tenía por objeto una determinación sencilla de estética: ¿cuál sería más sabroso, la flor ó el capullo, el capullo ó la flor?... Pero Rosita era mi primer amor. El binomio era, sin embargo, interesante en ambos miembros.

El insomnio siempre tenaz. En el reloj del salón sonaron las once y media. Poco después oí pasos muy leves. Levantéme y no tardé en percibir nuevos pasos... Eché mis razonamientos (aquí la Lógica): «Rosita — me dije — había salido de su habitación y se encaminaba al



corral; sin duda se habrá olvidado de algún objeto, por ejemplo, una llave, y habrá vuelto por él».

Acercábase el momento. Tomé la manta,



abrigueme con ella y pasé al salón. Un rayo de luna, penetrando por la alta ventana, que no se cerraba por la noche, alumbraba fantásticamente la estancia. A la luz difusa, bajé sin tropiezo la escalera, llegué al comedor, dirigíme

á la cuadra, cuya puerta estaba entornada, y en un instante me hallé en el corral. Al otro extremo, junto á la puerta del huerto, me esperaba mi amada Rosita, arrimada al brocal del pozo contiguo, arrebuadas en la cabeza las sayas de sarga encarnada, que con tanta gracia vestía.

Mi primer impulso fué abrazarla... Me detuvo, colocándome su linda mano en mis labios.

— Salgamos pronto de la huerta, — me dijo; — traspongamos la cerca, que es muy baja, y corramos.

Obedecí como un autómata. Al rebasar la cerca, desprendióse un guijarro, que cayó con estrépito en el lavadero... ¡Ya estábamos en camino de la ventura y de la aventura!





VI

DE CÓMO EL CLERO PARROQUIAL SE INTERESA POR LA HIGIENE PÚBLICA

EL pueblo de P. de A. está emplazado en una hondonada angostísima. No advierte el viajero contigüidad de aquél, hasta tanto que, después de un recodo de la carretera que le es tangente, puede con la mano tocar la primera casa del arrabal. Por otra parte, el campanario pertenece al número de los que, en satisfacción del justísimo enojo de Felipe V, fueron decapitados.

P. de A. goza merecida celebridad en la historia de la Industria y del Comercio, por sus manufacturas de paños, mantas, fajas y otros artefactos vestimentarios cuya primera materia es la lana. Las aguas del Gayá, aun cuando poco copiosas, son la principal fuerza motriz de sus fábricas, porque el lecho del miserable riachuelo, es, por el lado de P. de A., extraordinariamente quebrado. En cada salto de agua se ha edificado una fábrica.



La gran masa del pueblo hállase á mucha mayor altura que el río; razón por la cual sus moradores sufrían, no ha mucho, el suplicio de Tántalo. Para la

bebida y usos culinarios, no tenían más remedio que bajar á buscar agua al río. Los campos contiguos á las moradas, que en otras condiciones hidrográficas hubieran sido huertas, — y que hoy lo son, — eran viñedos y tierras de sembrar, cuyas cosechas estaban siempre á merced de las humoradas meteorológicas del cielo.

La casa parroquial, adosada al templo y al cementerio, participaba irremisiblemente de este inconveniente gravísimo.

Siendo alcalde de P. de A. mi abuelo, dotó de aguas potables y de riego al núcleo urbano. Hízose, atravesando peña viva, un acueducto, sangrando el Gayá á dos kilómetros más arriba del pueblo... Desde entonces, cada casa tuvo su huerta,... y fué no pequeño beneficio.

La casa parroquial no podía tener huerta, aun cuando sí tenía agua de pie y aun fuente pública á la vista, en la plaza de la iglesia, por la sencilla razón de que carecía de campo.

Ninguno de los Reverendos Cura-párrocos que habían precedido al que lo era coetáneo con la Alcaldía de mi abuelo, se había acordado de estimular, con su insinuante palabra, ni al Mu-



nicipio ni al vecindario, para que fuese cumplida la ley de Sanidad en su artículo que prescribe que los cementerios estén alejados á lo menos un kilómetro de la urbe. Al punto en que fueron traídas aguas al pueblo y que cada vecino que poseía campo contiguo tuvo su huerta, sobrevínole al Reverendo Mosén

Pablo Hormiga, entonces administrador de los intereses espirituales de P. de A., la filantrópica inspiración de hacer llevar á efecto el precepto de la ley de Sanidad; de lo cual había de resultar, como hecho primordial, el alejamiento del cementerio, y como accidente sin importancia visible, la *hortalización* del Campo Santo.



Acudió, primero de palabra y luego de oficio, al Alcalde. Este reunió la Corporación municipal y expuso la querrela del Reverendo.

Hubo acuerdo en que el Cura-párroco tenía razón; pero se consideró imposible acceder á sus humanitarios deseos, á causa de que escaseaban los terrenos en las inmediaciones, y los pocos que existían habíanlos sus respectivos dueños trocado en huertas. Además, ninguno

servía para inhumaciones cadavéricas, por carencia de subsuelo hábil: en todas partes la roca silíceá estaba á menos de un metro de la superficie.

No se dió á partido el ilustrado sacerdote:



abandonando las esferas municipales, á la *chita callando*, recurrió á las altas regiones de la Curia eclesiástica, simultaneando su expediente, con algo más que indulgencias, en las oficinas del Gobierno civil.

¿Qué resultó?... Que la víctima fué mi

abuelo. El nuevo cementerio fué emplazado en una viña de su propiedad, parte del predio en que estaba situada la alquería. Toda reclamación de perjuicios fué desestimada. Recibió mi abuelo, en seis plazos de otros tantos años, treinta duros por la expropiación forzosa.

A los tres meses de incoado el expediente por el Reverendo *Hormiga*, crecían frondosas coles, suculentas acelgas, nabos robustísimos y aromáticas chirivías en el antiguo Campo Santo. Era éste la huerta del Reverendo Cura-párroco, que él mismo, con sus sagradas manos, abonaba y regaba todas las mañanas, después de la misa y el subsiguiente chocolate.

Grandes pesares debió causar este enojoso asunto á mi pobre abuelo. Dimitió la vara, alzó su domicilio de P. de A. y pasó á morar en la masía, á pesar de no hallarse satisfecho de la funeraria vecindad, que, por la vía del buen *Hormiga*, se le adjudicaba.



VII

AMOR Y LUNA.

EL RAYO DE LA DIVINA CÓLERA



ESTÁBAMOS, según he dicho, Rosita y yo en el camino contiguo á la pared de la huerta. Ella guiaba y yo seguía escrupulosamente sus huellas. Andábamos por un sendero, á través de un campo en rastrojo. No había árboles ni cosa que proyectase sombra. La luna, clarísima, hacía muy visibles nuestros cuerpos. Quise hablar, y Rosa no cesaba de imponerme silencio.

Presto nos encontramos junto á la tapia opuesta á la entrada del nuevo cementerio.

Que esto fuese el cementerio, lo ignoraba yo; súpelo por el siguiente coloquio:

— La manta, — dijo Rosita. — Dámela; tendámosla sobre estos pedruscos; es preciso precaverse de la humedad del suelo y del relente de la noche. Siéntate y óyeme.

— Te oigo, hermosa, si vas á hablarme de nuestro amor.

— Cállate;... no profanes estos lugares santos.

— ¿Por qué me has traído aquí?

— Porque este es el único sitio donde podríamos estar solos y porque aquí yo tengo algo que hacer.

— ¿Aquí? ¿A esta hora?... En verdad, no comprendo.

— Atiende y sabrás. La gente mira de lejos este lugar, porque, como te he dicho, este es el nuevo cementerio. Nosotras, por la noche y en días señalados, colocamos en las tapias ollas cascadas, con tres agujeros, y una vela encendida dentro, que, remedando los ojos, la nariz



y la boca, parecen calaveras vivientes. Es antigua costumbre en nuestra casa. Mi padre dice que esta obligación del colono entra en las cláusulas de la escritura de arriendo de la alquería. Martes y viernes no puede faltar la *función de ánimas*. Unos vecinos creen que las hay en pena y, en consecuencia, los deudos prodigan sufragios. Opinan otros que las tales apariciones son protestas que, desde el otro mundo, hace tu abuelo, el antiguo dueño de la alquería, porque, mal de su grado, tuvo que cederlo para cementerio.

— ¿Y qué hacéis vosotras?

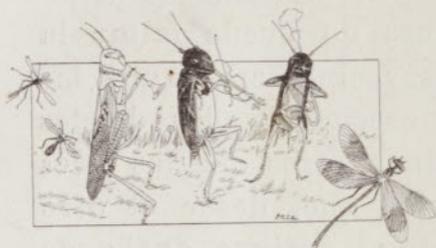
— Angelita y yo nos repartimos la tarea: ella alumbrá los viernes y yo los martes. No se encienden las velas hasta la una de la noche, pues hasta esta hora no salen los vecinos ganosos de contemplar el prodigio. De cuando en cuando les acompaña el cura. Hace á lo menos diez años que se repiten las mismas funciones.

— Y vosotras, ¿qué cuenta tenéis en este trabajo?

— En la puerta de nuestra casa hay un cepillo para las benditas almas. No falta devoción para los desagravios. Ángela y yo nos vestimos de esos sufragios. Ellas, las benditas almas, no necesitan vestidos, pues la desnudez ha estado siempre de moda en el purgatorio.

— Me place la idea... Pero, veamos, ¿me has traído aquí para estas cosas?

— Por supuesto... Creía que esto te había de interesar y divertirte.



— Pues yo tengo otro atractivo mucho mayor. Yo te quiero á ti, Rosita mía, y sólo anhelo tu amor.

— No digas disparates... ¿No ves el lugar donde estamos? Además, que querer es querer; yo también te quiero á ti, porque eres muy simpático;... pero nada más.

— Dame, pues, pruebas de tu amor. ¿A qué habré traído la manta?

— ¡La manta!... Ahora lo verás. La manta sirve para abrigarnos con ella... así, los dos, y dar un paseo por esos alrededores, mientras llega la hora de la función de ánimas... ¿No te place el murmurar del río? ¿No te agrada



el canto de los grillos, el penetrante chirrido de las arañas y el acompasado y flautino silbar de los sapos, trasnochadores sempiternos, que también gustan de tomar la luna? ¿Dónde hallarías armonía más dulce y melancolía más apacible?... Atiende: ahora llega la lechuza; va á tomar su ración de aceite de la lámpara de los muertos... Chut... chut, repite... Esto quiere decir que miremos y callemos.

— Miro, en efecto, Rosita...; pero mira tú también y considera que yo siento cosas muy opuestas: el espectáculo funerario que me ofreces, me hiela las carnes; pero las tuyas, palpitantes de vigor y sangre, y el amor que por ti siento, me achicharran el corazón.

Desprendióse Rosita de la manta y, á todo correr, fué á esconderse en un matorral contiguo al otro lienzo de la cerca del cementerio. Corrí en pos de ella, y á buen seguro la habría alcanzado muy presto, á no haberme metido en una balsa de cal, resto, sin duda, de las obras del cementerio. En la caída torcíme un



pie, y mis pantalones pusiéronse como es de suponer.

— ¡Rosita! ¡Rosita!... me he caído y estoy hecho una miseria, — grité.

La niña no se hizo esperar. Dióme la mano, ayudóme á salir del hoyo, y con la protectora manta me *desencaló* cuanto pudo el pantalón.

Como no podía andar, nos sentamos en unos pedruscos adosados á la pared. El frotamiento de la lana me reanimó, y pronto me sentí aliviado de la torcedura y con los mismos bríos que antes.

Estábamos, más bien que sentados, reclinados. La niña, junto á mí, quiso con su pañuelo vendarme el pie.

— ¡Ay, Rosita! — exclamé. — ¿Cómo podré pagar tantos cuidados?... Pero, niña, yo necesito otra cosa... tu amor...; la dicha de tenerte en mis brazos, de quemar tus labios en los míos, de confundir tu aliento con el mío, poseerte con alma y vida.

A las palabras acompañé la acción... Rosita quiso apartarse de mí... La retuve por los vestidos... Hubo un momento de resistencia;... pero yo era el más fuerte... La niña dejó caer su frente en mi pecho.

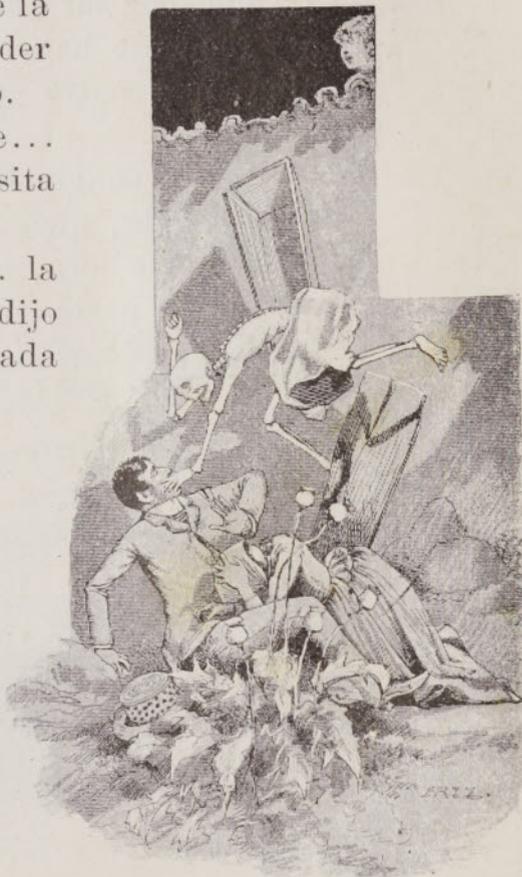
Una nube cenicienta vino á cubrir el frío rostro de la luna... Cuatro tañidos de la menor,

seguidos de otro único de la mayor de las campanas del acéfalo campanario de P. de A. dejáronse oír, al impulso del viento norte, en el poético retiro en que nos hallábamos. Era la una de la noche, la hora de encender las ollas en el cementerio.

— Suéltame, suéltame... Ésta es la hora, — dijo Rosita sobresaltada.

— ¡Esta es la hora... la hora de la expiación! — dijo una voz de mujer, acatarrada por el airecillo de la noche ó enronquecida por violento despecho.

Al instante, desde lo alto de la tapia vimos cernerse sobre nuestras cabezas un cuerpo rectangular, negro: un ataúd. Abrióse con gruñido extraño, y contenido y continente cayeron sobre nuestros cuerpos. Rosita se desmayó. Los dos, en estrecho abrazo, — que ahora no era de amor, sino de espanto, — quedamos incluídos entre la manta y la mortuoria caja, y al propio

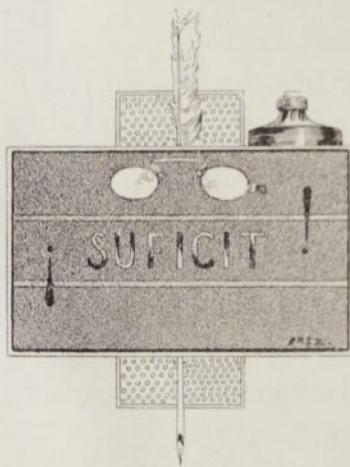


tiempo sepultados en un montón de escombros, de vestiduras, podre y huesos humanos. Me parece que un brazo de momia vino á aplicarse á mis labios obscenos.

Lo que por mi pasó, lo ignoro; sólo vagamente recuerdo haber oído otra vez la voz femenina, que, entre carcajadas histéricas, gritaba:

— ¡Estoy vengada! · ¡Estoy vengada!

Era Ángela, que ahora oficiaba de Arcángel de la divina cólera, al paso que trabajaba por cuenta de su pasión frenética.





LA LOCURA POR DENTRO

I

ENTRA EN MATERIA.— EGO SUM



Yo soy Yo. Soy el *Buen sentido*, el *Sentido común*, la *Razón*, la *mente sana*. Llámome, para servir á ustedes, EULOGIO HIGIOFRÉN.

Fuí violentamente expulsado de la tranquila y plácida mansión que me había sido designada en el centro de la grande *Cerebrópolis*, por los excesos y demasías de las *Vesánias* ⁵.

Mi hombre perdió la *chaveta*, dentro del ataúd, en el mismo cementerio.

El ya no es *Yo*. Perdió el *Yo*. Su *Yo* es *No Yo*.
El *Yo* suyo soy *Yo*.

El cerebro suyo está *desyogado*, trasnochado, en plena *chifladura*, de resultado problemático.

En cuanto á *Yo*, *Eulogio Higiofrén*⁶ —que es como decir que *discurro y hablo bien y con la mente sana*, — *Yo* he debido abandonar la dulce mansión en donde obtuve el ser después de muchas experiencias y ensayos en la niñez, porque *Yo* no quepo donde ocurren tales y tan cuantiosos excesos.

Transijo, me acomodo y aun me solazo y medro con las *Pasiones*, porque mi naturaleza, activa como es, se aviene con las alternativas de lo dulce y lo amargo, lo agrio y lo salado, lo picante y lo soso; pero no puedo convivir con las *Vesancias*, porque lo extreman todo y, ó siempre tratan de lo mismo, ó bien se andan por las ramas, sin orden ni concierto, sin ley, sin Rey y sin más Papa que las *papas* del delirio.

Somos además incompatibles, como lo son una afirmación y una negación. La afirmación de la salud de la mente soy *Yo*; ellas la negación. *Yo* soy luz de la inteligencia ó, por mejor decir, la claridad de esta luz; ellas, las *Vesancias*, son tinieblas, la sombra, el caos, ó, cuando más, los fuegos fatuos de la mente.

Rectos son mis intentos, honrados y de buena ley los productos de mi industria. Las *Vesancias*, ó huelgan y comen la sopa boba en *Cerebrópolis*, ó fabrican moneda falsa. ¡Cuántas, de tal

procedencia, circulan por los mercados científicos y de las relaciones del mundo civil, político y religioso, que no habrían de resistir al fiel con-

traste de la piedra de toque de la Razón, ni harían el peso en la balanza del juicio hígido!

¿Sabéis por qué? Porque hay locuras colectivas, de curso crónico, enquistadas en el uso y aferradas á la quilla de la humanidad como las almejas al casco de las viejas embarcaciones.

Como el individuo — el chiflado de mi cuitas y desengaños, — de resultas de la treta de Angela, cayó en estado sincopal, cerráronse los ojos, y yo no pude escaparme por la ventana, como hubiera sido mi deseo, al punto en que vi el zafarrancho que junto á mí se preparaba.

No pudiendo avanzar y no hallándome seguro, sino, al contrario, muy amenazado en mi domicilio, no tuve más remedio que retroceder. Coléme de rondón en el *ventrículo medio*⁷, levanté la *glándula pineal*, descorrí la *tela coroidea*, introdújeme en el *acueducto de Sylvio*, y en un santiamén dí conmigo en el *ventrículo cerebeloso*. Instaléme aquí, debajo de la nacarada tienda⁸, y, pues me



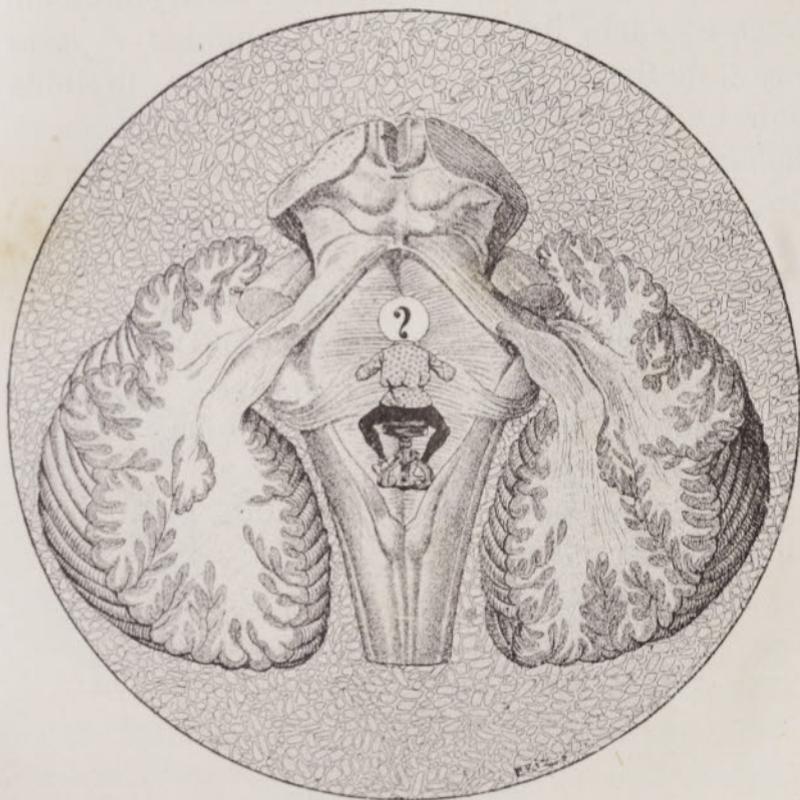
hallo fuera de la jurisdicción de *Cerebrópolis*, calculo que no lo pasaré del todo mal, empleando los ocios y matando el tiempo en la consignación de estas MEMORIAS DE ULTRAFRENIA, que al lector benévolo dedico, abri-

gando la esperanza de que en ellas encontrará, á más de solaz y esparcimiento, interesantes disciplinas de patología mental, que, si pueden ser de utilidad á todos y á cada uno de los mortales razonadores, en evitación de percances de la especie, son de necesidad indiscutible para los hijos de Esculapio, como administradores de la salud del cuerpo y del espíritu y como *remendones titulares* de la admirable máquina antropológica.



Es esta tienda precioso observatorio, desde el cual, sin necesidad de tomar parte en ellas, puedo asistir á todas las escenas del gran mundo cerebral. Una gota de serosidad del ventrículo que conserva su figura esferoidal, me sirve á maravilla de lente amplificadora, colocada á la

entrada del *acueducto del Sylvio*, el cual, á su vez, cumple perfectamente los oficios de un tubo óptico. Poseo, pues, un perfecto catalejo monocular, para ver de cerca cuanto ocurre en *Cere-*



brópolis, y no digo saber cuánto se habla por allá, porque casualmente me halló en las oficinas de la *Acústica*, desde las cuales ni el vuelo de un mosquito podría dejar de ser oído.

Tengo también buen recado de escribir. Ver-

dad es que es de barbas la pluma de que dispongo; pero el *cálamus scriptorius* tiene siempre buenas puntas, desde que lo cortó el gran pendolista Arancio. Tinta no me falta, ni creo que se me agote el material atramentario: escarbando un poco el suelo del *ventrículo*, encuentro el *locus niger*, de Sæmmering, cuya substancia, desleída con un poco de agua que mana de la *fuelle de Sylvio*, me da un negro que ni la tinta china. En fin, estas MEMORIAS no las confiaré al papel, ni al pergamino; tengo cosa mejor: el *epéndima del ventrículo*, que, no sólo no cuele, como lo hace el papel sellado que, por buenas y numerosas pesetas, nos suministran, á veces, en los estancos, sino que, al propio tiempo que toma la tinta, esculpe la escritura.

Con que, pues, lector amado, atención y entremos en materia.

